



Del sujeto advertido

EDUARDO SAID

Un encuentro de psicoanalistas sostenido bajo el título del acto, supone una toma de posición sobre el decurso de la elaboración de Lacan.¹ Tomo el sesgo de la travesía del análisis y sus consecuencias, lateralizando la discusión sobre variables de la acción práctica. Otra vertiente por la que se discurre, confundidas a veces.

De la escisión

Parto de una puntuación tal vez innecesaria en el lacanismo: no se supone que el análisis depare en sus fines una consistencia no escindida.

Equivoca la dirección de la cura si su destino es un yo íntegro, integrado-adaptado-regulado. Ese fue el eje de la intervención política de Lacan sobre el horizonte de yo autónomo de la psicología psicoanalítica. Bastaría leer con detenimiento a Freud en *Análisis Terminable e Interminable* para localizar que la fortaleza del yo es referida a la aptitud para la asociación libre, no por el fortalecimiento de la autoestima. Animándonos a presuponer una primer equivalencia entre asociar libremente e ir asumiendo la división misma. Asumir que lo inconsciente es también el discurso del Otro que habla en cada quien.

Cito a Lacan en el seminario del acto en referencia al trayecto psicoanalizante: *“Es justamente el fin del psicoanálisis que se realice como constituido por esa división”*²

Ahora bien, enunciar que no se trata de una integración completante, no dice de las mutaciones, alteraciones de la escisión misma en ese decurso.

Si hay sujeto escindido en el inicio, y por eso demanda de análisis, lo hay también en sus fines. Es entonces a su no equivalencia a que apuntamos la pregunta.

¹ Me tomo de las llamadas Reseñas de enseñanza, en particular de aquellas que corresponden al seminario 67/68 sobre El acto Psicoanalítico. Cito a Lacan: *“el acto analítico lo vamos a suponer a partir del momento selectivo en que el psicoanalizante pasa a psicoanalista”*.

² Seminario 15 – Clase del 20.03.68



El campo del sujeto implica la escisión como correlativa de cualquier precisión que de él dé cuenta. Dejamos abierta la extensión de la pregunta a la potencial y correlativa escisión del yo en el fin de análisis.

El sintagma, **sujeto advertido**, como forma de nominar los fines del análisis, implica algunas cualidades lógicas diferenciales a la de la escisión afectada en el punto de partida.

La expresión *Eso habla* no caduca; difícilmente pueda hipotetizarse que eso se sostenga en el silencio, solo contingente. Tal vez cambie la direccionalidad de la voz cantante.

Del sujeto en el fantasma

El fantasma, cuya fórmula es tal vez demasiado fácilmente reconocida, \$ ◇ a ; no creo que se compacte o absorba; no me parece sostenible que eso acontezca por efecto del análisis. Seguramente su axiomática devendrá afectada por la posición advertida, y en ello una logicidad, que tramita su inconsistencia, será soportante de la paradoja irresuelta. Atravesar sus secuencias identificatorias más cristalizadas no equivale a liquidación de los clivajes.

Para el fantasma me resulta electiva la propuesta por Lacan en el Homenaje a Marguerite Duras: “*bodas taciturnas de la vida vacía con el objeto indescribible*”³

La alternativa de la debilidad mental y la locura, como presentación de cierta tensión de límites, mostraría esos clivajes y basculaciones fantasmáticas.

Una de las modalidades para pensar sobre el sujeto advertido es ese clivaje y la posible alteración de sus secuencias y temporalidad.

Parto de suponer estructuralmente un mayor reposo en la debilidad mental, acorde a las fases melancólicas de la fantasmaticación. Una primacía del duelo cuasi depresivo sobre la euforia actuante; si extremo los topes.⁴ El duelo del falo no se resuelve bien por su euforia. Solo se reproducen así las secuencias del fantasma: identificación fálica, parricidio, duelo, resituación fálica.

³ Homenaje a Marguerite Duras – El rapto de Lol Stein – Intervenciones y textos II

⁴ No se es todo loco o íntegramente débil mental. Lo todo evocaría lo paranoico de la personalidad, o su contratara en extremo también psicótica, como disolución esquizofrénica.



Sospecho por otra parte que aun cuando venga bien suponer al campo del sujeto como estratificado para alguna de sus tematizaciones, no conviene postular la proliferación de la escisión misma que daría una especie de pluri-diafragma en que diluye la estructura. Dejaría su pertinencia para la capacidad del juego con los semblantes. No conviene creerse ni Napoleón, ni Cenicienta.

De la advertencia

A la condición advertido conviene no considerarla solo en el plano del saber, en su versión Imaginaria de conocimiento. Aunque no se puede dejar de lado que algo allí es mejor saber-conocer.

Se trataría más bien de un recurso, un acontecer, una adquisición operativa, más que un refuerzo recordatorio y voluntario. Acontecer que trata el pasaje por el saber significativo en fracaso, al saber-hacer con el objeto causa-falta.

Sujeto advertido equivale al saber-hacer con la sorpresa. Conlleva una posición de aceptación del asombro, de la novación en acto, de la desideración como asunción de lo siderante de la relación al vacío en el Otro.

De la aceptación de estar habitado por una palabra que a cada quien lo excede. Deshabitarse de la culpa y aún de gozar sin ella. Así por otra parte entiendo la cuestión del invento.

Advertido puede connotar cercanía a prevenido. Y algo de lo fóbico hay en el límite de la estructura, si me permiten la dureza del término. La fobias en la infancia presentifican la entrada en la neurosis y si del análisis se puede esperar algo del abandono de lo peor de la neurosis, no sería sin pasar por la angustia de castración y su correlato fóbico. Indicadores frecuentes en los análisis avanzados, y porque no en los que se supone concluidos.

Prevenir supone construir un parapeto defensivo. Sintomático. La condición advertida, como adquisición operativa, incrustada en el ser del sujeto -disculpen la licencia ontológica necesaria al hablar un poco-, podría no requerir de formación de síntoma neurótico. Nos viene a salvar la palabra sinthome, que diría de un destino menos funesto.

De la temporalidad

Me interroga precisar si la posición advertida se corresponde con alguna peculiar temporalidad en su puesta en causa. Desde la descripción



fenoménica es dable escuchar, y esto incluso en Lacan, que habiendo transitado por el análisis sostenidamente, se adquiere una particular aptitud. No se disipa en forma completa la primer respuesta frente a la iniciativa del Otro que solía deparar la neurosis clínica, algo de ese resto de soporte fantasmático puede repetir, pero, y aquí está lo decisivo; si acontece, se suele salir más fácil de ese primer impacto. Como si se disipara más rápido lo peor de la espuma fantasmática, siempre tan embriagada de pesares, soledades, abandonos, agresiones, desamores, faltas de reconocimientos y toda otra palabra que connote la posición de injuria en que se puede caer. Diría que casi siempre. La hipótesis favorable es que aquel o aquella que se analiza o analizó zafe antes del encierro.

Habría allí una secuencia espectable en lo advertido: primer impacto, angustia o al menos leve conmoción inquietante, y respuesta algo atemperada, suspendida, en “souffrance”, de lo más crudo del imaginario rival, paranoide, efractante. Y no por eso el acto, la resituación subjetiva, si se produce, debería ser menos comprometida y contundente. No se trata de portarse bien y no enojarse.

Si se responde de inmediato la presunción es de acting o de pasaje al acto. Si se dilata, la presunción es de procrastinación. Dificil el tiempo justo.

Me conviene suponer que si lo advertido está instalado, encarnado, a la angustia se le arranca su certeza y el acto esclarecido –bella expresión– toma su relevo.

Jugando con los tiempos lógicos, aparenta acontecer un acortamiento o al menos una no dilación del tiempo de comprender y una facilitación del momento de concluir. Una especie de libertad -vaya palabra- de asombrarse. Que no necesitaría de un autorreproche al estilo de una orden autodirigida.

Lo advertido; como espacio temporal y lógico que va desde la afectación por un real a la resituación responsable. Puede que en ese límite en que se pierde la noción de sujeto y se confunde con el objeto causa de deseo, objeto-deseante; puede ser que allí valga postular planteos límites como des-ser y destitución subjetiva.

Como fuera, la noción de sujeto retorna, sin perder su carácter relacional, indefinible en cosificación. Soporte de la activa confluencia entre



alienación-esquicia, separación-engarce fantasmáticos. Reunión, activación de la intersección.

Y al sujeto, ese de hecho, vale pensarlo habitando, como puede, en esos pliegues. Dejo sin explorar el valor de la noción de pliegue venida del barroco⁵ como para tematizar las alternativas del sujeto y las ventajas de analizarse.

Propongo una encrucijada reducida a la forma de pregunta: ¿en que tiempo habita el sujeto?: las respuestas alternativas se multiplican acorde a las formas de tematizar el sujeto. Si se lo localiza en orden al entramado nodal RSI, devendrá tensión entre la anticipación escénica del imaginario humano, la resignificación significativa, el futuro anterior, la compulsión repetitiva, el nachträglich. Pasado, presente y futuro pudiendo tornarse indiscernibles. Eso no da una temporalidad uniforme, sino dominancias relativas. Reversibilidad e irreversibilidades disipativas se entraman. Tema arduo a retomar.

Del sujeto, el yo y sus otros

Se abre aún otro plano para la condición advertida, el de la relación a los otros, a prójimos, a semejantes. Todo un tema el sujeto advertido y los otros. El encuentro con lo semejante que inevitablemente haría presente el lazo del espejo. Al idéntico a “mí” y la dificultada no captura en el campo de los celos, la rivalidad, la envidia,... o peor.

Eso se aligera. Por el acto analítico se hace sutil pero no se elimina su tensión. Una solución cara a algunos cuantos, es el aislamiento obsesivo. Y confieso que un poquito de aislamiento no viene mal a la fábula del puercoespín. Hay un irreductible en la soledad de cada quien, que solo se amarra a veces con algunos otros. La soledad encontrable en el análisis no implica buscarla en la vida. El puro aislamiento alimenta el retorno de la voz cantante como voz del Otro.

La condición paranoide del conocimiento humano no se termina de disolver, aunque tal vez se diluya lo suficiente. Saber no entrar en ciertas escenas es todo un atributo. No se puede circular tan simplemente por el mundo con tantos otros semejantes marcados por la vara fálica.

⁵ Recomiendo la lectura del texto *Lacan y el Barroco. Hacia una estética de la mirada* de Luciano Lutereau – Grama Editorial - 2009



En eso, el recurso no siempre posible a la tolerancia sería una buena parte de la posición advertida. Y una buena guía es la del advertido de lo peor en cada quien que se diga yo.

En la habitación en un mundo con saberes y leyes, el límite suele recubrirse de tinieblas cuando no de monstruos.

No conviene dejar el fin de análisis sin apuntar a la resituación de la tensión imaginaria, dejando de lado falo imaginario-castración. $-\phi$

Si no, volverá por la ventana. Esa elaboración podría aportar a una cierta demistificación del fin y lo real. No se trataría nunca de lo real en tanto tal. Aseveración difícil de sostener sin evocar lo monstruoso de las tinieblas, de lo ominoso, lo siniestro. Pero sobre todo de las resonancias y voces a las que se acude como referencia. Hay allí un riesgo místico del fin si no se lo tematiza por la resituación imaginaria del sujeto en condición de advertido.

Lo que hubiera de amarre, se espera que lo sea con cierta plasticidad, con algo de modificación de la brutal repetición del goce sacrificial implícito en el fantasma neurótico. Empalme, no empaste.

De sufriente a advertido

Una dirección de valor clínico, en correspondencia con la postulada por Freud en relación al pasaje de la miseria neurótica al infortunio banal, sería la de postular que el pasaje en un análisis va del sujeto sufriente al sujeto advertido.

Sujeto sufriente es una expresión a la que contradictoriamente se ve llevado Lacan en la Ciencia y la Verdad. Digo contradictoriamente ya que el sujeto representado por un significante para otro significante, no admitiría la adjetivación de sufriente, ni ninguna otra. Eso no quita que para hablar del sujeto analizante -otra adjetivación- no haya que partir de que se trata de alguien que hace signo de sufrir. De que eso lo goza, o aún que de eso goza.

Dicho así: del sujeto sufriente al sujeto advertido, parecería poder resolver el malestar en la cultura y erradicar todo sufrimiento. No creo que eso pase. Me conformo con menos. Solo con morigerarlo.

A cualquier hablante, viviente y porque no mortal, le tocará habitar la degradación y muerte de los cuerpos. Propio y de sus otros queridos. Y no



se podría no sufrir en eso. La panacea de la felicidad no está prometida sino de a poquitos, de a ratos.

Y sobre el acto del pase: no conozco fin de análisis que erradique la posible pesadilla. Un fin sin el recurso al buen Dios, sin garantía, sin sujeto supuesto al saber, eso no se coagula libre de malestar.

Me retorna con muy fuerte impacto la forma en que Lacan habla a su público en Lovaina, sobre la vida y la muerte. El hondo dramatismo de “toda esta historia”, como él expresa.

Tal vez estando advertido de la finitud de la vida, una postura algo menos sufriente podría encontrarse.

El sujeto no dejará de ser repitente, y digo de la repetición en sus diversas versiones. Tanto en lo contante en la perspectiva de la acumulación y circulación fálica, como en su desgarrar mortificante, tíquico. Se supone entonces una mutación de las formas de la repetición, algo más permeables a dejar de imaginarizar lo real como monstruoso.

Al fin de cuentas no se trata sino del trauma, nada más ni nada menos. Y del trauma como agujero. Hacer del agujero falta en el Otro, no necesariamente padecimiento culpable y sacrificial.

En eso vale la osadía, tal vez algo ingenua de postular un imaginario mundano agujereado. Horadado como se dice. Pero sin mucho dolor. Si fuera posible.

El sujeto y el Otro

Resulta problemático afirmar que el sujeto advertido es la verdad misma de lo incurable. Lo incurable admite versiones, pero se sitúa en la tensión del agujero bordeado, me permito decirlo con cierta simpleza. No se trata de la verdad del puro agujero, sino del retrabajo de la letra en sus bordes. Se trata de la división hablante, de la letra operando en ese límite entre el saber y el goce, como se dice.

Allí la verdad deviene hermanita menor del goce, pero goce al fin. Será entonces goce de la letra en su movimiento. No sin sus bordes, no sin sus pliegues. Escisión y juntura en tensión inacabada. Ni se absolutiza como escisión esquiante, ni se amalgama en esfera de compactación paranoica. Es más fácil enunciar ser la escisión misma, o aún destitución subjetiva, que poder llevarlo a la fenoménica de la vida misma.



Será el recupero del rasgo de goce agureando y tejiendo. El rasgo de goce como sostén del entusiasmo y su latencia en la clínica abstinentemente como semblante-agente del vacío de la causa, objeto a, a veces tetos.

Una puesta en correlación tal vez apropiada para avanzar sea la de tensar la idea de destitución subjetiva con la de sujeto advertido.

A mi entender, destitución subjetiva es un extremo casi inalcanzable, incluso diría incompatible con las variaciones posibles de la noción de sujeto. Parece aludir a un extremo en el que se disuelve en el puro objeto causa. Un extremo así, no podría no ser sino episódico. Es un arrastre de la Proposición de Lacan que derrapa en una vertiente maximalista. No es fortuito que sea el goce místico el que queda así evocado en el fin del análisis.

Podrá caer el sujeto supuesto saber, pero eso no implica la extinción del Otro. Hay campos irreductibles entre sujeto y el Otro. Y en ese campo se instalan o fluyen, diversidades, especies del objeto. Que prioritariamente devienen voces y miradas. Escópico e invocante. Especies estas que suelen dominar el campo deseante y gozante en esa tenue mayor levedad del cuerpo. En eso los objetos voz y mirada pueden llegar a levantar algo más de vuelo que los ligados a la “tripa causal”.

El objeto voz admite polaridades. Una a la que acudo sin mucha convicción es la de voz dominante-voz dominada. Sus basculaciones, su prevalencia; con el indisimulado optimismo de postular un viraje entre el sujeto y el Otro. Se supone que el viraje, o el cuarto de rotación para ser lacanianos, conviene que deje en el lugar de ordenación del discurso no solo al sujeto, potencial demandante, sino al objeto causa deseante. Ese raro objeto, difícil de asumir que se puede ubicar allí en el discurso.

Desde la posición advertida, puede que acontezca una mayor “cintura” frente a la invocación al y del Otro ineludible apenas hablamos. No deja de ser atractivo pensar en ese pasaje. Una especie de apropiación acentuada de la palabra por la iniciativa de la función enunciativa del objeto voz. Así se trataría de quien lleva la voz cantante. Me gusta esta lírica expresión.

Ahora bien. eso vale si las voces del Otro han sido pulidas, gastadas, ¿desautorizadas?. Isidoro Vegh acuñó un término por demás interesante: exhaustación del Otro.



Solo exhausto el Otro de cada quien, podría acontecer algo más disponible la sorpresa del invento. De reinventarse objeto causa deseante, habilitado a algunos goces electivos. No se trata de un acto puramente voluntario, pero no excluye a la voluntad en la decisión.

Hacia lo nodal

La noción de sujeto no es sino relacional, a-sustancial; articula al menos un elemento con otro: un significante con otro significante (definición escasa); el rasgo de goce con los significantes del Otro; incluso un entramado de registros nodalizado, por el que la distancia, tensión, sobreimpresión de registros daría cuenta de una escisión que rebasa la polaridad.

Y es en este contexto complejo del anudamiento que vale sostener las formas en que la escisión subjetiva se podría sostener como sujeto advertido.

Escisión nodal advertida, es una expresión a explorar. Formalmente las variedades nodales producen un enjambre complejo de alternativas y variantes de la escisión.

El nudo suele ser reconocido como un buen recurso formal para decir de la estructura, a condición de que se nombre en una temporalidad de la que suele carecer. No se trata solo de nudo, sino de mejor corte y nudo.

Sabiendo que no necesariamente es el corte lo que lastima, a veces es el empalme el que aplasta. Así parece sostenerlo Lacan en torno al tema de la angustia. No es tanto la ausencia del Otro sino que “se venga encima”. Advertencia que vale considerar cuando circula tanta clínica del reparo fantasmáticos por donaciones activas del analista terapeuta.

La escisión es de estructura, frase dura si las hay. Ya Freud postulaba ese acontecer en el proceso al que llamó defensivo. Una de las formas de definir sus alternativas es la de la escisión entre síntoma y fetiche. Freud vislumbra un entramado no siempre discernible entre represión y renegación. Tal vez hoy podríamos decir eso con otros términos de actualización nodal: imaginarización de lo simbólico para el síntoma en su versión apresada en el fantasma, e imaginarización de lo real para las formas en que el falo ocurre en estabilizaciones fetichistas, acontecer casi en cualquiera.

El anudamiento sinthomático podría marcar un formato, un tipo de escisión en diferencia. Con menos consistencias imaginarias sobre lo simbólico al que traba y sobre el real al que dibuja como monstruoso.



Un tal anudamiento, o reanudamiento no determina un estado. Seguirá siendo pulsátil, temporal, rítmico, sincopado.

Advertido, no solo como aquel que atraviesa el impedimento y la censura, sino también al que logra, o debería decir: le acontece, un saber-hacer con el anonadamiento siderante que el rebajamiento de la censura conlleva. Saber hacer con el embarazo, pero saber hacer también con la turbación producida por la muerte de Dios, o del padre.

La hipótesis que tiene un resto algo ilusorio, lo confieso, es la de habitar en la desideración, en la productividad (término que importo de otros discursos) del intervalo, pero que no se crispe cristalizada en el estupor místico.

La posición del incauto es cotejable con la del advertido. Aunque ambas no dejan de connotar cierto respeto por la iniciativa del Otro, o aún de lo real. No dejan de tener un sesgo de respuesta.

No alcanzo a saber qué hacer con el término profanación, que Giorgio Agamben evoca en el pasaje de lo consagrado al Otro/Dios/SSS, hacia lo profano del hablante.

Parece haber allí una apuesta ética que merece ser pensada críticamente en psicoanálisis. Así la posición advertida podría ser, aún, de la aptitud para la apropiación profanatoria.

Vale, tal vez, para empezar a diferenciar el acceso a los goces de la vida, del saldo cínico al que se teme deslizar.